



MEZZ

& Bernard Wolfe

MEZZROW

REALLY THE BLUES

Mezz Mezzrow
y Bernard Wolfe

Introducción de Barry Gifford

REALLY THE BLUES

Traducción de Javier Lucini



© de la presente edición:

Ediciones Acuarela y Machado Grupo de Distribución, S.L.

Título de la edición original:

Really the Blues. Random House, 1946

Autor:

Mezz Mezzrow y Bernard Wolfe

Traducción:

Javier Lucini, con la amable ayuda de Tomás G. Cobos y Abel H. Pozuelo

Introducción:

Barry Gifford

Propuesta gráfica:

Joaquín Secall

Maquetación:

Antonio Borrallo

Edición:

Ediciones Acuarela

info@acuarelalibros.com

www.acuarelalibros.com

Machado Grupo de Distribución, S.L.

C/ Labradores, 5 - Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

machadolibros@machadolibros.com

www.machadolibros.com

ISBN: 978-84-9114-101-3

Índice

INTRODUCCIÓN: EL FIN DEL RACISMO por Barry Gifford

LIBRO UNO: NADA MÁS QUE UN NIÑO

1. No llores, mamá
2. Sin salirse demasiado del camino
3. El barracón de la banda, el barracón de la banda
4. Deja de hacer el tonto con ese peine

LIBRO DOS: CHICAGO, CHICAGO

5. Encontraron el cuerpo en una zanja
6. Los primeros colocones son una pasada
7. La maría no te pone así
8. Me ha entrado el canguelo
9. El hombre más olvidado de la ciudad

LIBRO TRES: LA GRAN MANZANA

10. Si no puedes hacer dinero
11. Du-Bi-Dú y Pizzicato Minsky
12. Ilumínate
13. Una y otra y otra vez más
14. Mezzie, va a ser duro
15. Antes de andar tienes que gatear

LIBRO CUATRO: BASIN STREET ES LA CALLE

16. Recibes lo que te mereces
17. Lejos de los barracones de esclavos

APÉNDICES

1. Nueva Orleans y Chicago: la raíz y la rama
2. Texto original de la sección *jive*
3. Una nota sobre las grabaciones Panassié

4. Glosario

5. Epílogo de Bernard Wolfe

Introducción

EL FIN DEL RACISMO

Cuando era pequeño, uno de mis lugares favoritos de Chicago era el Riverview, el gigantesco parque de atracciones de la parte norte de la ciudad. El Riverview, que durante los años cincuenta se conocía como el Parque Polio por la enfermedad contagiosa que marcó la década, tenía docenas de atracciones, incluidas algunas de las montañas rusas más rápidas y terroríficas jamás diseñadas. Entre ellas se encontraban El Rayo Plateado, El Cometa, El Ratón Salvaje, El Giro Volador y El Trineo. De entre todas, mi favorita era El Giro Volador, una atracción sin asiento que duraba unos treinta segundos y obligaba a los pasajeros a reclinarse sobre los demás ocupantes de cada coche. El Giro no funcionaba sobre raíles sino por una serie de curvas tortuosas y empinadas, semejantes a las de los canales cortados a pico del bobsleigh, que nunca fallaban a la hora de imprimirte la sensación de que en cualquier momento ibas a salir catapultado por encima del grupo de árboles situado al oeste del aparcamiento. Para un chico bastante frenético como yo, no podía haber mayor emoción y entre los siete y los dieciséis años debí montarme más de mil veces en el Giro Volador.

El Trineo, no obstante, era la montaña rusa más aterradora del parque. No pasaba un año sin que muriesen o saliesen heridas unas cuantas personas de aquella atracción. Solía ocurrir cuando algún chico intentaba demostrar su valor poniéndose de pie en el momento en que el coche se lanzaba súbitamente hacia abajo a unos

ciento sesenta kilómetros por hora. A los chavales les gustaba especular sobre el número de vidas que El Trineo se había cobrado a lo largo de los años. Sólo conocí a uno que se jactara de haberse levantado en más de una ocasión de su asiento al alcanzar la cumbre de la primera colina y siguiera vivo para contarlo: Earl Weyerholz. Nunca dudé de Earl Weyerholz porque una vez lo vi sumergir el brazo hasta el bíceps en un acuario con dos pirañas, sólo para recuperar el cuarto de dólar que Bobby DiMarco había dejado caer en su interior con la intención de retarlo. Earl tenía por entonces once años. Falleció en 1958, a los catorce, a causa de las más de doscientas picaduras de abeja que sufrió en un campamento de verano de Wisconsin. Nunca pude explicarme el cómo ni el porqué de tantas picaduras. Supuse que alguien le habría apostado un dólar, o algo así, a que no se atrevía a meter los brazos en una colmena.

La Lanzadera era también muy popular en el Riverview. Los pasajeros iban en unas barcas que se deslizaban a una velocidad de vértigo hacia una piscina y todo el mundo salía calado hasta los huesos. Aunque la verdad es que a mí, La Lanzadera, nunca me atrajo mucho; no le encontraba la gracia a mojarse sin motivo. Otra que no me entusiasmaba demasiado era El Paracaídas. Caer al suelo desde una altura considerable sentado en una estrecha tabla de madera con sólo una ridícula barra de metal a la que poder agarrarte no era mi idea de pasárselo bien. Es más, el mero hecho de pensarlo me ponía los pelos de punta; ni siquiera me gustaba mirar a los demás. Sin embargo, no creo que mi negativa a montarme en El Paracaídas signifique que fuese acrofóbico ya que por aquella época era extremadamente aficionado a subirme a los tejados de los garajes por las cañerías de los callejones y a ir saltando de un tejado a otro. Simplemente me parecía una locura someterse al tormento del Paracaídas, del mismo modo que al Rotor, un artilugio circular que giraba a

tal velocidad que, cuando retiraban el suelo, los que se subían quedaban aplastados contra las paredes por la fuerza centrífuga. Tanto El Paracaídas como El Rotor convocaban siempre larguísimas colas de gente que esperaba ser exquisitamente torturada.

A mis amigos y a mí lo que más nos gustaba del Riverview era el Pon al Negrata en Remojo. Así era al menos como nosotros llamábamos a la atracción que consistía en lanzar una pelota de béisbol a una diana puesta en una palanca que, al recibir el impacto, accionaba el mecanismo del asiento de la jaula haciendo que el hombre que estaba allí dentro se zambullera en un tanque de agua de un metro y medio de profundidad. Todos los tíos que trabajaban en el interior de las jaulas eran negros y odiaban vernos aparecer. Entre los trece y los dieciséis años, mis amigos y yo nos dedicamos a aterrorizar a aquellos tipos. Se suponía que tenían que mofarse del tirador, reírse de él o de ella y conseguir que siguiera gastándose sus monedas de veinticinco centavos, una por cada tres bolas. La mayoría de los que participaban en este juego se podían dar con un canto en los dientes si lograban golpear la diana con la fuerza suficiente para hundir al payaso una vez de cada seis intentos; pero mis colegas y yo nos convertimos en auténticos expertos. Nos gastábamos unos diez dólares en proyectiles y hacíamos caer a aquellos tipos sin parar.

Por supuesto, nos odiaban a muerte. “Pequeños hijos de puta, ¿no tenéis otro sitio adonde ir?”, gritaban. “¡Maldito niño blancucho hijo de puta, en el descanso te voy a patear el culo!”. Nosotros nos reíamos y continuábamos lanzando pelotazos a la palanca. Mi colega Big Steve era la estrella del Pon al Negrata en Remojo; un auténtico as porque lanzaba con más fuerza que nadie y su brazo nunca se cansaba. “¡Gordo blanquito hijoputa!”, le gritaba uno de los negros al zambullirse por quinta vez consecutiva. “Deja de

quejarte”, le respondía Steve. “¿En qué otro sitio vas a conseguir un baño gratis?”.

Ninguno de nosotros pensaba demasiado en el hecho de que el trabajo de mofarse y hundirse estuviese a medio escalón por debajo del de cretino de carnaval o a uno entero del de lavacoches. Nunca se nos pasó por la cabeza, hace ya más de medio siglo, el motivo por el que todos los tíos de las plataformas fuesen negros, ni la idea de que nos estuviésemos comportando como perfectos racistas. Racistas involuntarios, en cualquier caso; al fin y al cabo, no éramos más que unos críos, productos ignorantes e insensatos del Chicago blanco de los años cincuenta.

Una tarde de verano de 1963, el año que cumplí dieciséis, mis amigos y yo llegamos al Riverview y fuimos directos al Pon al Negrata en Remojo. Nos quedamos de piedra al ver a un tío blanco sentado en una de las plataformas. Nadie dijo nada pero todos nos quedamos mirándolo. Big Steve compró unas cuantas bolas y empezó a arrojárseles a una de las dianas con negro. “¿Qué pasa, paliducho?”, le gritó el tío. “¿No quieres darle a uno de los tuyos?”.

No recuerdo si aquel día compré alguna pelota, pero sí sé que fue la última vez que entré en aquella barraca. De hecho, ésa fue una de las últimas veces que me pasé por el Riverview, ya que a principios del año siguiente nos fuimos de Chicago y, no mucho después, Riverview fue derribado. No sé qué pensarán ahora Big Steve o cualquiera de los viejos amigos que jugaron en aquel entonces conmigo al Pon al Negrata en Remojo, ni siquiera sé si se habrán parado alguna vez a pensarlo. Las cosas eran así, sin más.

* * *

Mezz Mezzrow vivía en mi barrio, en la parte norte de Chicago. Su padre tenía un drugstore, también el mío. Y como mi padre, llegó a convertirse en un conocido

contrabandista. Supongo que debió descubrir la iniquidad del racismo de forma muy parecida a la mía. Mezzrow fue quizá mejor traficante de marihuana que músico de jazz, pero comprendió tanto la música como la raza que la engendró.

El saxofonista Bud Freeman, que conoció a Mezz en Chicago en los años veinte y que estuvo implicado en su intento de organizar la primera banda mixta de Nueva York allá por 1930 (antes de que John Hammond triunfara en la misma empresa), dijo: “Mezz era un ser humano muy fuerte y sabía cosas sobre la gente de color, su modo de pensar y su música, que muy pocos blancos sabían”. De hecho, cuando pasó dos años en Riker’s Island por vender marihuana, Mezz insistió en que lo clasificaran como recluso negro y consideró un gran honor alojarse en la sección negra de la prisión.

El hecho de que Mezzrow se casara con una negra y tuviera un hijo con ella puede parecer algo no muy reseñable en 1990, pero haberlo hecho hace más de medio siglo y haber vivido en Harlem, en lo que Jack Kerouac llamó “La Gran Acera Negro-Americana del Mundo”, era escupir directamente a la cara del diablo. Mezz tradujo su experiencia para jóvenes de los cuarenta y los cincuenta como Kerouac, Allen Ginsberg, Neal Cassady y John Clellon Holmes, e inspiró no sólo sus vidas sino también sus obras; un legado de un valor incalculable.

Compré mi ejemplar de *Really the Blues* en 1967, por diez centavos, en una librería de viejo de la calle Clement en San Francisco. Todavía merece la pena leerlo, no sólo por la historia, sino por el punto de vista. La perspectiva es un animalillo que se arrastra solitario por la jungla de la noche. Pero, tarde o temprano, como bien sabía Mezz, no le quedaría otra que acercarse al arroyo, inclinar la cabeza y beber, como los demás animales.

Barry Gifford
Berkeley, 1990

Barry Gifford, que nació en Chicago y trabajó como músico, es el autor de las novelas *Corazón Salvaje*, *Puerto Trópico*, *Perdita Durango*, *Gente Nocturna*, *Baby Cat-Face*, *El padre fantasma*, *El asunto de Sinaloa*, *Wyoming* y *Una Puerta al Río*. También es co-autor, con Lawrence Lee, de *El libro de Jack: una biografía oral de Jack Kerouac*.

A todos los hipsters, tunantes y tíos sofisticados que frecuentaban el Stroll.
(Seguid con el ritmo en los pies)

A todos los presos de todas las cárceles en su eterna lucha contra las chinches.
(Ya os queda menos, muchachos)

A todos los yonquis y borrachos que acabaron con sus huesos en pensiones de
mala muerte o en los congeladores de la morgue.
(R.I.P.)

A todos los zalameros, parlanchines y picos de oro que se libraron de las
galeras y nunca volvieron a caer tan bajo.
(Vas a lograrlo, colega)

A Bessie Smith, Jimmy Noone, King Oliver, Louis Armstrong, Zutty Singleton,
Johnny Dodds, Sydney Bechet y Tommy Ladnier.
(Damas y Caballeros, dispónganse a saborear la gran Era)



NADA MÁS QUE UN NIÑO

*When I was a nothin' but a child,
When I was a nothin' but a child,
All you men tried to drive me wild...*

*Cuando no era más que una niña,
Cuando no era más que una niña,
Los hombres tratabais de sacarme de quicio...*

Reckless Blues, de Bessie Smith.

1

NO LLORES, MAMÁ

¿Conservatorio? ¿Estáis de coña? Yo aprendí a tocar el saxo en el Reformatorio de Pontiac.

A Pontiac lo llamábamos “La Escuela” por la cantidad de chavales que había allí dentro. He estado en un montón de escuelas como ésta, escuelas que no encontraréis en las listas aprobadas de ninguna asociación de padres y maestros. Creo que allí aprendí más trucos de los que es capaz de hacer un mono araña sobre un trapecio. Recibí mi formación de colegio público en tres cárceles y un montón de salones de billar, mi educación universitaria en varios fumaderos de marihuana y me acabé graduando en filosofía en más antros y garitos clandestinos de los que permite la ley. Pontiac no fue más que la guardería.

Eso fue hace treinta años. Ahora tengo cuarenta y seis y estoy en muy buena forma, salvo por un pequeño problema de gases y una leve neurosis que me asalta antes del café, cada mañana. Todo lo que amontonaron en esta vieja caja de conocimiento que tengo por cabeza aún no me ha abandonado. La música que aprendí en el reformatorio me sigue entusiasmando; fue mi abecedario, mi catecismo y mi Biblia, todo en uno.

En más de una ocasión me desvié de la música, agoté mi cuota de maldad y cumplí mi condena. Hubo momentos en que estaba tan enganchado al opio que sólo podía comportarme como un imbécil; entonces guardaba el saxo y el clarinete y me borraba de este mundo. Un desastre. Pero siempre me las apañaba para salir de la niebla,

aferrarme a mis instrumentos y volver a tocar. Siempre regresaba a la música. Estaba llamado a ser un músico de jazz del mismo modo en que los justos se sienten elegidos para la iglesia.

He estado en chirona y he tenido mis miserias, pero aún y con todo la vida ha sido buena conmigo. Ahora me comporto. A los colegas de la esquina de la calle Division con Western no les fue tan bien. Bow Gistensohn la emprendió a tiros con su mejor amigo en una guerra de bandas y fue a dar con sus huesos en la morgue. Mister Foley, que le daba la paliza a Bow con sus consejos, también acabó bajo una losa. En cuanto a Emil Burbacher, la cagó de alguna manera con la ley y le cayeron veinte años en Joliet. Estos chavales no prosperaron.

Teniendo esto en cuenta, a mí me fue bien. A pesar de la cárcel, las drogas y los malos momentos, sigo de una pieza. Hoy en día cuento con buenos amigos por todo el mundo, desde la avenida Lenox y Sugar Hill hasta Java y los mares del Sur. Antes me deslizaba por las sombras, pero ahora me muevo por la parte soleada. Cuando me aísló con mi instrumento el garito sigue vibrando, y no creo que exista mejor sensación que ésa. Está claro que la Vieja Señora Fortuna me echó un cable al proporcionarme aquel pequeño y viejo saxo en la cárcel de Pontiac.

En Pontiac me enseñaron lo que era el blues; me refiero al blues, un blues que yo sentía de los pies a la cabeza, el auténtico blues*. Y fue en Pontiac donde me codeé con Jim Crow** en persona, un hijoputa capaz de cortarte el cuello sólo por mirarlo. Salíamos del comedor en dos filas. A los chicos de color los encerraban en un lado del bloque de celdas, a los demás en el otro. Jim Crow controlaba el bloque y se paseaba entre nosotros, sonriendo como una mofeta. Asistí a mi primera pelea racial en el patio de aquella prisión. Me dejó tan tembloroso que estuve a punto de reventar. Llegué a sentirme peor que un cerdo con un cólico. Jim Crow jamás se me iría de la cabeza.

Pero en Pontiac tuve mi primera oportunidad de tocar en una banda realmente numerosa, con instrumentos de verdad, y encima mixta, negros y blancos, codo con codo, pasándoselo de puta madre. Durante aquellos meses me hice con una buena dosis de ese don especial que tienen los negros para conservar la vida y el espíritu mientras se deshacen de sus problemas a través de la música. Fue la primera vez que escuchaba blues, entonado en cantos graves y quejumbrosos, mañana, tarde y noche. Los chicos de color lo cantaban en sus celdas y en el patio donde las cuadrillas de trabajo amasaban montañas de carbón.

En estos últimos treinta años he tocado en un montón de sitios, desde los moteles de Al Capone hasta los tugurios de swing de la calle 52 de Nueva York, los nightclubs de París, la universidad de Harvard, las encopetadas embajadas de Washington y los salones de Park Avenue. Y eso sin mencionar los bulliciosos garitos de jazz. Es la misma música que aprendí en Pontiac. Su lenguaje sigue conmigo. Y de eso es de lo que voy a hablar en este libro.

¿Tenéis alguna idea de cómo se accedía al jazz en los primeros tiempos? ¿Sabíais que tenías que pasarte años observando a las chavalas mustias de los prostíbulos, escuchando a tus compañeros de celda gemir gravemente tras los barrotes y apreciando los riffs que producían los vagones de mercancías al vibrar sobre los raíles, hasta que, de repente, lograbas hacerte con un instrumento y empezabas a transformar todo eso en música? Voy a tratar de explicároslo. Y también el modo en que un hombre luchó denodadamente en esa tierra de nadie que se extiende entre las razas, dejando fuera de combate a Jim Crow en su camino, para llegar a donde tenía que llegar. Y cómo se sintió cuando por fin lo consiguió. También hablaré de eso, sobre todo de eso.

Ahora, escuchad atentamente.

Ésta es una historia que sucedió en los Estados Unidos de América.

Nací una noche de viento de 1899, con el nuevo siglo...

No vayáis a pensar que nací siendo un criminal. Yo no fui uno de esos andrajosos niños de los barrios bajos que tienen que usar una reja de alcantarilla a modo de chupete. Ni mucho menos. Mi familia era tan respetable como una mañana de domingo y estaba llena de doctores, abogados, dentistas y farmacéuticos que se dejaron la piel para hacer de mí un ciudadano responsable. Casi lo consiguieron. La ley no empezó a fijarse en mí hasta los dieciséis años.

Las calles del noroeste de Chicago eran para mí como un imán; ni toda la miel de un panal podía retenernos a los críos en casa. Había algo en el aire que nos hablaba de grandes cosas que no queríamos perdernos por nada del mundo. Las aceras estaban siempre abarrotadas; tahúres y estafadores vestidos con mucha clase, pavoneándose con sus alfileres de corbata repletos de diamantes, chavalas cuyas historias conocía uno de oídas contoneándose descaradamente, arriba y abajo, por la avenida, la pasma recorriendo el vecindario en grandes Cadillacs cargados de fusiles. Cualquier cosa podía pasar en el noroeste de la ciudad y, por lo general, pasaba.

Nuestra banda estableció su cuartel general en la Esquina, en el cruce de las avenidas Division y Western, después de que Emil Glick abriera allí su salón de billares. Solíamos juntarnos para hacer locuras. En cuanto nos escaqueábamos de casa o del colegio no deseábamos más que darnos aires y ponernos a fanfarronear por los alrededores de la Esquina. Queríamos liarla y vivir la vida entera antes de que se pusiera el sol. Buscábamos pelea y robábamos en las tiendas de caramelos. Nos sentábamos en algún solar hasta las tantas alrededor de una fogata, asábamos patatas y dábamos conciertos de armónica a los gatos y a los perros callejeros. A veces nos subíamos en un vagón de mercancías hasta St. Louis o Cape Girardeau, en Missouri, para llevar a cabo tours gastronómicos de pobres.

Al bajar por la calle las chicas se cruzaban de acera. Nos tenían por la banda más salvaje de este lado del infierno. En el colegio mascábamos y esnifábamos tabaco usando los tinteros de las mesas como escupideras. Casi todos los robábamos a nuestros padres rifles del 22 o revólveres Bulldog del 38 y rondábamos las calles y los callejones como bandidos; gorras de cuadros chillones con viseras de seis centímetros caladas hasta los cejas. Nos divertíamos disparando al azar contra los gorriones o los paneles de cristal de las cabinas telefónicas. Actuábamos como Jesse James.

Bastaba con que algún miembro de una banda rival, polaca o irlandesa, murmurara “judío” o “judío bastardo” para liarnos a hostias. Una vez, en el parque Humboldt, a Leo “Bow” Gistensohn, nuestro líder, no le gustó nada el modo en que un policía le llamó “judío” junto al lago. La siguiente cosa de la que tuvimos constancia es que Bow le estaba haciendo el abrazo del oso. El poli sacó su 38 y le disparó en el estómago, pero Bow ni aún con ésas quiso soltarle. Con aquella bala dentro y la sangre saliéndole a chorros como si fuese agua de un grifo, alzó a aquel poli de ochenta kilos por encima de su cabeza y lo arrojó al lago. Le extrajeron la bala y sobrevivió, supongo que sólo por joder a aquel policía.

A los quince rebosaba de energía y era más inquieto que un frijol en una sartén. Había algo que se hinchaba en mi interior pero no podía determinar lo que era ni darle nombre. Todas las imágenes y los sonidos de la zona noroeste de Chicago, los acordes de la balalaika que mi padre solía rasguear, las melodías que tocábamos en la armónica, las peleas entre bandas y los billares, los revólveres que llevábamos en los bolsillos traseros y con los que nos apuntábamos los unos a los otros en broma, Bow Gistensohn, Murph Steinberg y Emil Burbacher, así como Sullivan, el chico de color y las chicas chillonas: todo se amontonaba en mi cabeza. Me paseaba por ahí

canturreando y silbando a todas horas, tratando de aclarar aquella confusión. Cuando íbamos a la Esquina yo no dejaba de mover los dedos como si estuviera tocando el piano, o la balalaika, o quizás un saxo, cualquier cosa capaz de emitir las adecuadas pautas armónicas si uno se aplicaba con sentimiento. A veces, taconeaba en la calzada o golpeaba la tapa de un cubo de basura con un par de palos, tal y como hacía Sullivan cuando estaba inspirado. La mayor parte del tiempo me daba tan fuerte que no podía quedarme sentado. Era como si quisiera salirme de la piel y largarme al espacio en una locomotora C&A. Cualquier cosa menos quedarme quieto.

Todavía no estaba muy interesado en las chicas. Ellas no me habrían servido de mucha ayuda. Era algo más que un simple arretrato sexual lo que avivaba mi entusiasmo. Estaba buscando un nuevo lenguaje que me permitiría clamar a voz en grito y correr alegremente hacia la gloria. Lo que necesitaba era el vocabulario. Sentía mi camino hacia la música como la lucha de un bebé en su esfuerzo por hablar.

La música era mi manera de comunicarme. No lo tenía muy claro antes de Pontiac, pero mi instinto iba bien encaminado.

Lo que me llevó al reformatorio fue un enorme y resplandeciente Studebaker. Sammy "O'Brien" se presentó una tarde en la Esquina con aquel cacharro y me invitó a dar una vuelta.

Llamábamos a aquel chaval O'Brien porque sus napias eran tan grandes y aguileñas que le quitaban el sol de la cara y se le enganchaban en las cuerdas de tender la ropa.

-Sammy -solíamos decirle-, si tuvieras la nariz llena de dólares seríamos ricos.

Sammy llegó vagabundeando desde el gueto del Lower East Side de Nueva York y se puso a merodear por los billares. Hacía trabajos extraños y acampaba en las mesas

por la noche. Ponerse al volante de aquel Studebaker y pasearse vacilando por toda la ciudad fue un error.

En aquellos días, cuando los automóviles aún eran una novedad, dar una vuelta en el coche de alguien era una auténtica diversión. Conocíamos todas las marcas que corrían por las carreteras. Sabíamos que los coches no tenían cerraduras y que para ponerlos en marcha sólo necesitabas una llave de magnetos normal y corriente. Todos llevábamos en los bolsillos una colección completa de aquellas llaves tan conocidas, Bosch, Remy y Delco. Podíamos llevarnos el coche de cualquiera en el momento en que se nos antojase.

Mientras circulábamos por ahí, le pregunté a Sammy cómo se había hecho con aquel carro. Me dijo que estaba trabajando de chófer para un pez gordo, un matasanos, pero al instante me confesó que Emil Burbacher lo había robado en frente de una iglesia. El asiento se me volvió de piedra en el culo antes de que aquellas palabras terminaran de salir por su boca. Cuando el coche se detuvo frente a unos polis que estaban esperando el tranvía sentí en mi trasero la dureza del banquillo de la cárcel y el olor de la creosota en el aire. Sammy echó un vistazo a los polis y se volatilizó, dejándome a mí todo el marrón.

-¿De quién es este coche, hijo? -me preguntó uno de los polis.

Le respondí que era mío.

-Claro -dijo él-, por eso tengo su matrícula en esta lista de coches robados.

-Bueno, verá, señor, eso puedo explicárselo -me apresuré a decir-. Mi padre se lo llevó esta mañana a la iglesia y yo había quedado con mi novia esta tarde así que, mientras él estaba en misa lo cogí para acudir a mi cita. Hace apenas un minuto que dejé a mi chica en su casa y ahora me dirijo de vuelta a la mía.

El poli no estaba dispuesto a creerme. Consideró que aunque estuviese diciendo la verdad debíamos pasar antes

por comisaría para confirmar mi historia. Conduje el coche como si los neumáticos fuesen pompas de jabón. No quería que pensara que era la primera vez que me ponía al volante.

No quería ni oír hablar de la cárcel. Me preguntaba cómo demonios iba a salir de aquel atolladero. Al momento se me ocurrió una idea genial. Era un coche tan abierto que bastaba con sacar un pie para saltar y echarse a correr. Me imaginé que si me lanzaba hacia el bordillo el poli se vería en la obligación de echar mano al volante antes que a su arma, y yo podría escabullirme. Lo calculé todo. El corazón me latía con tal fuerza que apenas podía distinguir el ruido del motor. Cuando tuve claro el plan en mi cabeza, esperé a encontrar el sitio idóneo para ponerlo en práctica. Al hacerlo viré bruscamente y me subí a la acera para darme de bruces con la puerta de la comisaría donde me vi inmediatamente rodeado de chapas de policía.

Una vez dentro, el sargento me preguntó el nombre y le respondí: Milton Mezzrow. Un minuto después se puso a hablar por teléfono con el departamento de matrículas y escribió algo en un papel. Estirando el cuello pude leer las siguientes palabras: "Edward Mikelson, 2715 Logan Blvd., sin teléfono". El sargento, con un tono sarcástico, me volvió a preguntar cómo me llamaba.

-Señor, ahora sí le voy a decir la verdad -dije, poniéndome a llorar como si comprendiera que la partida había concluido-. Mi nombre es Milton Mikelson y vivo en el 2715 de Logan Boulevard. No se lo quise decir antes porque tenía miedo de que mi padre me azotara por haberme metido en un lío y no volviera a prestarme el coche nunca más. Por eso le mentí antes al darle mi nombre. Por favor, déjeme volver a casa y le prometo que no lo volveré a hacer.

El sargento miró al agente y, a continuación, volvió a fijarse en el papel que había depositado en su mesa.

-Bien, el nombre concuerda -dijo-. Supongo que el chico no miente. Escúchame, tú, desaparece de mi vista y no vuelvas a jugársela a tu padre, de lo contrario, la próxima vez no dudaremos en encerrarte.

-Gracias señor -dije, agradeciéndoselo desde lo más hondo de mi corazón-. Sí, señor, un millón de gracias.

Me largué de allí lo más rápido que pude y ya me estaba subiendo al Studebaker cuando escuché algo que hizo que el alma se me cayese a los pies. Alguien me estaba llamando por mi verdadero nombre.

-Eh, Mezzrow, ¿qué andas haciendo por esta parte de la ciudad?

Se trataba de un teniente que conocía del barrio. Se me acercó con una enorme sonrisa, contento de ver lo mucho que había prosperado. Justo allí, en los escalones de la comisaría, estaba el agente que me había detenido.

-¿Puede repetir ese nombre, teniente? -intervino el agente.

Volví a percibir el olor de la creosota.

-Mezzrow -dijo el teniente-. ¿Por qué? Es del barrio donde vivía antes. Lo conozco desde hace años, cuando rondaba la calle Division.

-Bueno, bueno -dijo el agente, agarrándome por el cuello-. Volvamos a meter a este pájaro en la jaula.

Me sacó del coche de un tirón y me propinó tal patada que aterricé directamente en el interior de la comisaría. Cinco minutos después me tomaron los datos y me encerraron con un par de borrachos.

Mi educación comenzó allí y entonces. En la cárcel del condado, donde me encerraron en espera del juicio, compartí celda con un alemán llamado Schneider que aseguraba ser prisionero de guerra. Había trabajado para la compañía de seguros Humboldt antes de ser arrestado y me cogió simpatía. En apenas una semana, sólo para pasar el rato, me enseñó todos los secretos del robo de cajas fuertes y el arte de hacer llaves maestras aptas para

cualquier tipo de cerradura. Nunca encontré tiempo para dedicarme a esa actividad, pero aquellas lecciones me serían de mucha utilidad en el futuro dada mi acusada tendencia a perder siempre las llaves de mi apartamento y de las habitaciones de hotel.

En mi juicio hubo una larga discusión entre el juez y mi tío, que había llevado a su abogado a los juzgados para que me representara. Y menuda representación hizo. Los tres hicieron un corrillo y decidieron que no me vendría mal una buena dosis de la medicina del reformatorio. Unos cuantos días más tarde iba en tren camino de La Escuela de Pontiac.

No estuve tan solo como llegué a pensar en un primer momento. En el mismo grupo que viajaba en el tren, esposado a mi lado, iba Emil Burbacher. Me contó que había robado un coche y lo habían condenado al reformatorio. Bow y Murph, me enteré, ya estaban matriculados como alumnos estelares en La Escuela por haberse colado en una tienda a robar armónicas. No era exactamente como ir a la cárcel. Simplemente alguien había cogido la esquina de Division con Western y la había trasladado a Pontiac, incluyendo a todos los miembros de la banda. Lo único que nos faltaba eran las mesas de billar de Emil Glick y un par de dados.

Ya en Pontiac, tras la rutina de las huellas dactilares y una inspección rigurosa, nos asignaron unos números y nos mandaron a la peluquería. Allí recibí mi primera lección del humor carcelario. Cuando me llegó el turno, me hicieron sentar en una silla y me preguntaron qué tipo de corte de pelo deseaba.

-Recto por detrás -dije-. Y nada de maquinilla a los lados.

-Oh, no -dijo el peluquero-. Eso jamás se nos ocurriría.

Se puso manos a la obra con su peine y su esquiladora mientras yo me iba acurrucando algo desconcertado preguntándome cómo podría encontrar a Murph y a Bow.

De repente, sentí un par de maquinillas desde el codo, traqueteando sin parar, como una locomotora, hasta la frente. Teniendo en cuenta la manera en que aquel peluquero me roturó la cabeza, fue casi un milagro que no la emprendiese con mis cejas.

-Oh, oh -dijo compasivamente uno de los reclusos que trabajaba en la barbería-, ¿no es una pena?, con el precioso pelo que tenía...

Al guardia le pareció una broma cojonuda, pero a mí no.

-Bueno -dijo el guardia-, ahora ya se lo podéis cortar todo. Aquí no lo queremos con esas pintas.

El peluquero siguió la orden. Cuando terminó, hasta una mosca podría haberse resbalado y romperse el cuello en el lugar donde antes había estado mi pelo.

No tuve problemas para dar con mis colegas. Por la viña corrió el rumor sobre el nuevo "pez" y no había pasado ni un día cuando uno de los "políticos" (así es como llamábamos a los presos VIP) me deslizó un trozo de papel de wáter doblado. Era una nota de Murph. "Estoy en la banda de música", decía. "Intenta meterte".

En la entrevista que tuve unos días más tarde prácticamente convencí a los oficiales de que era el director de la Ópera de Chicago, pillado por error. Me tomaron la palabra y me asignaron al bloque de celdas donde se alojaban los miembros de la banda. Allí volví a encontrarme con Murphy. Era el corneta del bloque, encargado de despertarnos cada mañana con el toque de diana y de enviarnos a la cama al caer la noche.

En el cuarto de la banda conocí al profesor Scout, un tipo amistoso de cara agradable y de trato muy fácil. Se animó cuando se enteró de que había estudiado piano y sabía leer música.

-Yo solía tocar el trombón en la banda de Arthur Prior -me contó-. Mira, Milton, aquí tenemos una buena banda, pero hay un par de instrumentos que echamos un montón de menos porque los chicos no quieren saber nada de ellos,

la flauta y el piccolo. Ahora bien, me has pedido que te enseñe a tocar el saxo, así que haremos un trato. Tú aprendes a tocar la flauta y yo te enseño a tocar el saxo. No será muy difícil porque la digitación es más o menos la misma.

Sudé la gota gorda con aquella flauta, como si se tratara de una tuba desproporcionada, y tras mis ejercicios diarios me dediqué al saxo alto. Creo que soplé en aquellos instrumentos aire suficiente para hinchar el Graf Zeppelin. Los clarinetes se asignaron a otros reclusos, pero siguieron sin despertar mi interés.

La banda era mixta. Me gustaban especialmente dos de los chicos de color. Uno se llamaba Yellow y tocaba la corneta, el otro, King, tocaba la trompa. Eran los chavales que iniciaban nuestras jam sessions en Pontiac, las primeras en las que participé. Era increíble contemplar la expresión de los ojos de Murph cuando Yellow se ponía a tocar tan tranquilo una de aquellas melodías en su corneta. A mí también me dejaba con la boca abierta. Tocaba desde el extremo de su boca, con la mejilla izquierda hinchada como un globo, y cuando derramaba el blues nos dejaba a todos sin sentido. Al hacernos amigos me habló de las bandas en las que había tocado por los circos del Sur, aun sin tener ni puta idea de leer una partitura.

Después de los ensayos de la banda, Murph, Yellow y yo nos íbamos a un rincón en compañía de un bajista y de King con su trompa, nos poníamos a improvisar sin partituras y dábamos rienda suelta a nuestros instintos. A Murph y a mí el blues nos salía con mucha naturalidad y empezamos a tocarlo tan bien que el profesor era incapaz de quedarse en su oficina cuando nos oía. No tardó en dedicarnos una atención especial.

Bow nunca logró entrar en la banda. Debido a su tamaño y a su fuerza se quedó atascado en la cuadrilla del patio. Justo al otro lado de la vía del tren que corría junto a las dependencias de la banda estaba la central eléctrica

adonde se dirigían los camiones de carbón a descargar. Era algo digno de verse, el modo en que la cuadrilla del patio se dedicaba a descargar aquellos camiones. El mejor equipo de descarga estaba formado por tres tíos muy respetados en la prisión: un chico de color llamado Georgia, un blanco llamado Joe Kelly y el gran Bow en persona. Tenían el récord de velocidad en vaciar un camión y les gustaba que tocáramos blues en un tempo medio que se adaptase a sus paletadas. En esos momentos les acompañábamos durante horas tocando el blues lenta y tranquilamente mientras ellos trabajaban y cantaban en voz alta. Sus palas se deslizaban en la pila de carbón con un largo *sssshhhh* y cada vez que los chicos las retiraban gruñían “Jo”. Y así seguían todo el día: “*Sssshhhh... Jo... Sssshhhh... Jo...*”.

En varias ocasiones, cuando hacíamos volar el blues, el profesor Scout se fugaba con su trombón y se unía a nosotros. Qué hermoso tono sabía sacarle aquel tipo. Se le ocurrió una idea después de ver a Murph intentando imitar las inflexiones y las ligaduras a medio pistón de Yellow. Un día se dejó caer por el cuarto de la banda con una corneta de vara, lo que nos dejó a todos asombrados porque nunca habíamos visto algo semejante. Murph no lograba hacerse con la técnica de Yellow y el profesor pensó que conseguiría mejor aquellas ligaduras e inflexiones si usaba la vara, dado que ésta le proporcionaría cuartos de tono y ciertas notas ligeramente agudizadas, tal y como exigía el blues. El profesor se había dado cuenta de cómo nos brillaban los ojos cuando Yellow tocaba sus hermosas frases y su instinto paternal se estremeció. Yellow se inventaba una frase y luego nos daba unas notas para que las tocáramos como si se tratara de una base de órgano, al grito de: “¡Eh, haced esto!”. El chaval era el puto amo, y eso que nadie le había enseñado a tocar. Tenía más música en su interior que salsas la marca Heinz.

Una mañana, muy excitado, el profesor nos llamó a su oficina privada. Tenía una gramola en un rincón.

-¿De dónde ha birlado eso, profesor? -preguntó Yellow con el rostro iluminado.

El profesor se llevó el dedo a los labios para hacernos callar y puso un disco. La música que escuchamos nos dejó a todos fuera de combate. Era el *Livery Stable Blues* interpretado por la Original Dixieland Jazz Band, hoy día una auténtica pieza de coleccionista. Tíos, menudo escalofrío me entró cuando se abrió paso aquel clarinete de Larry Shield junto a aquella sutil trompeta que se parecía tanto a la de Yellow. Descubrir aquella manera de tocar en una grabación nos convenció de que estábamos en el buen camino: si estás en un disco, pensábamos, tienes que ser muy bueno, y allí, en aquellos surcos, había un tío que ni siquiera tocaba tan bien como Yellow. Después de eso nos pasamos un montón de mañanas intentando aprendernos la pieza. El profesor Scout apuntaba las partes de cada instrumento, pero nunca llegamos a dominarla.

Noche tras noche nos echábamos en aquellos colchones de cáscaras de maíz de nuestras celdas para escuchar los blues procedentes de la sección negra del bloque. Yo estaba leyendo, o simplemente tumbado en mi camastro con la mirada clavada en el techo encalado, cuando alguien empezaba a repetir una melodía cansina, una y otra vez, hasta que todo el bloque se quedaba narcotizado. El blues se había apoderado de algún chico de color y no había podido evitar ponerse a cantar:

*Oooooohhhhh, ain't gonna do it no mo-o,
Oooooohhhhh, ain't gonna do it no mo-o,
If I hadn't drunk so much whisky
Wouldn't be layin' here on this hard flo'.*

*Oooooohhhhh, no voy a hacerlo más,
Oooooohhhhh, no voy a hacerlo más,*

*Si no hubiese bebido tanto whisky
No estaría tirado en este duro suelo.*

Este lamento removía a otro recluso que, incapaz de contenerse, se ponía a aullar: “¡Suéltalo, hermano, suéltalo!”, en un intento de desahogar su propia angustia. Entonces el primero, aliviado de su carga porque alguien lo había escuchado, como si el Señor hubiese atendido sus plegarias, le respondía con una especie de resentimiento festivo; admitía haber sentido la triste sensación del blues pero ahora estaba empezando a reponerse y podía sonreír un poco. Con lo que el otro le salía con un: “Lo has conseguido, hermano, pero nunca volverás a ser el mismo”. Y en ese momento algún otro pájaro que hubiera estado escuchando aquel intercambio medio triste, medio festivo, sentía la misma urgencia y no dudaba en meter baza: “Es posible que mejores, colega, pero nunca hallarás la cura”.

Aquellos cantos y lamentos rítmicos siempre me tocaron la vena. Las inflexiones tonales y la historia que contaban, mezclándose como los colores del cuadro de algún artista, las sílabas siempre en su sitio, los cambios en las palabras para ajustarse a la música, todo aquello me afectaba de la misma manera en que un fin de milenio afectaría a un filósofo. Aquellos pocos riffs sencillos me habían hecho comprender la filosofía negra de un modo en que ningún voluminoso tratado sociológico pudiera haberlo hecho nunca. En seguida me subía el ánimo y me sentía maravillosamente bien en compañía de aquellos muchachos. En más de una ocasión me vi allí tumbado, con el blues oprimiéndome el pecho, y bastó con que uno de ellos se pusiera a cantar para que el peso se disipase. Aquellos tipos sabían perfectamente qué hacer con el blues.

El hombre blanco es un niño consentido y cuando le entra el blues se vuelve neurótico. Pero el negro nunca ha tenido nada en el pasado y nada espera del futuro, así que

cuando el blues le alcanza es capaz de conducirse con una sonrisa y sin rencores. “Oh, bueno”, dice. “Señor, estoy satisfecho. Lo único que quiero es plantar coles en mi jardín trasero y comérmelas”. Por lo general, el hombre blanco no puede sentirlo de esa manera. Cuando se viene abajo se vuelve arisco, se pone de mal humor y resulta desagradable. Le asalta la idea de que se siente así porque alguien le ha hecho una putada y siempre busca un culpable sobre el que poder descargar su rabia. El hombre de color, por el contrario, se puede deshacer de esa sensación con una sonrisa y una canción quejumbrosa, aunque tampoco tan quejumbrosa. Es muy fácil afirmar que es holgazán y despreocupado y que todo le importa una mierda. Así es como un montón de blancos explican esta cualidad del negro, pero ésa no es la verdadera historia. El hombre de color no se vuelve tan a menudo huraño, hermético y malvado porque su filosofía es más profunda y ve con mayor claridad. Es probable que no tenga palabras pomposas ni teorías para explicar su modo de pensar. Eso está bien. Él lo sabe. Y habla de ello en su música. En ella puedes encontrar la respuesta, si sabes dónde buscar.

En Pontiac aprendí algo importante: en el mundo no hay mucha gente que tenga la sensibilidad y el franco respeto humano por los demás que tienen los negros. Yo podía estar andando en fila, sintiéndome solo y deprimido, y de pronto uno de los chicos de la fila negra, Yellow, King o algún otro que ni siquiera conocía, me gritaba: “Eh, chaval, no le des más vueltas”, y sonreía, y eso me hacía sentir bien. No me he encontrado con muchos blancos que posean esa clase de instinto y ese sincero sentido de la amistad capaz de actuar psicológicamente como un tónico. El mensaje que te transmiten un par de palabras ordinarias y una sonrisa en los ojos de un hombre: eso fue lo que me salvó en muchas ocasiones de haber cruzado al lado sombrío de la prisión. No sólo me enseñaron su extraordinaria música; me hicieron sentir bien.